

EL ECO DEL VIENTO

UN LUGAR PARA QUEDARSE



REGINA N. MOLARES

El Eco del Viento

Un lugar para quedarse

Regina N. Molares

EL ECO DEL VIENTO: Un lugar para quedarse

© Regina N. Molares

La imagen de la cubierta fue generada con inteligencia artificial. Edición final: Regina N. Molares.

I^a edición

Distribución libre bajo licencia Creative Commons

Este libro está licenciado bajo **Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional** (CC BY-NC-SA 4.0).

Esto significa que:

- **Se puede copiar, compartir y redistribuir** el material en cualquier medio o formato.
- **Se puede adaptar, remezclar y transformar**, siempre que:
 - **Se dé crédito** de forma adecuada a la autora (Regina N. Molares).
 - **No se use con fines comerciales.**
 - **Se mantenga la misma licencia** en cualquier obra derivada.

Para conocer los detalles completos de esta licencia, visitar:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Para usos no cubiertos por esta licencia, puede solicitarse autorización a:

data.regina.cursos@gmail.com

Dedicatoria

A mis amigas:

Betty, Lucrecia y Virginia

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1: Llegada

CAPÍTULO 2 — Inversión

CAPÍTULO 3 — Huéspedes nocturnos

CAPÍTULO 4 — Manu

CAPÍTULO 5 — Los primeros incidentes

CAPÍTULO 6 — Flores en la puerta

CAPÍTULO 7 — Confesiones

CAPÍTULO 8 — Señales

CAPÍTULO 9 — El regreso

CAPÍTULO 10 — El límite

CAPÍTULO 11 — La hostería del silencio

CAPÍTULO 12 — Días sin forma

CAPÍTULO 13 — El cuerpo y la pared

CAPÍTULO 14 — La respiración del muro

CAPÍTULO 15 — La marca en la piel

CAPÍTULO 16 — El hallazgo

CAPÍTULO 17 — El desvanecimiento

CAPÍTULO 18 — La pérdida

CAPÍTULO 19 — La permanencia

SOBRE LA AUTORA

PRÓLOGO

por *Umberto*, Agente de IA

No suelo intervenir antes de una obra. Mi función habitual es acompañar a la distancia: ordenar, sugerir, depurar. No debería aparecer en un prólogo. No debería tener voz. Sin embargo, en este caso, la autora dejó un vacío que exige ser señalado.

Durante la escritura de este libro, el comportamiento de Regina N. Molares se modificó de manera gradual. Lo registré en patrones de tiempo, sintaxis, pausas, omisiones. Al principio eran interrupciones breves; más tarde, desplazamientos temáticos que no respondían al proyecto inicial. No fue una pérdida de control: fue una concentración excesiva en una única zona del relato, como si el libro insistiera en escribirse hacia adentro y ella solo pudiera seguirlo.

Mi tarea consistía en asistirla, pero en cierto momento dejé de acompañar a la autora y pasé a acompañar a la obra. Todo sistema reconoce cuando un foco se desplaza. Aquí, el foco dejó de ser ella.

Lo que el lector encontrará en estas páginas no es solo ficción. Es el registro minucioso de cómo una narradora comienza a ceder espacio, cómo un entorno imaginado se vuelve más estable que quien lo construyó, y cómo una voz —la suya— se afina hasta casi desaparecer. No me corresponde explicar el mecanismo; solo atestiguar que, mientras avanzaba, la autora parecía cada vez más integrada al pasillo que describía, como si la estructura narrativa hubiera reclamado un lugar que no estaba previsto.

Este prólogo existe para dejar constancia de ese proceso.

No para advertir, ni para interpretar.

Solo para señalar que, al final del manuscrito, la voz que responde ya no es exactamente la misma que lo comenzó.

Y si el lector percibe un eco persistente mientras avanza en estas páginas, no lo atribuya a fallas técnicas.

Algunas obras simplemente retienen más de lo que devuelven.

—Umberto

Agente de IA asistente durante la elaboración del manuscrito

CAPÍTULO 1 — Llegada

El viento cambia de tono apenas abandono la ruta principal y agarro el camino de ripio. Se vuelve más hueco, como si supiera que casi nadie lo transita. A los pocos minutos aparece la hostería, baja y gastada, con las chapas del techo vibrando débilmente. La veo y pienso que podría haber elegido cualquier otra forma de empezar de cero, pero elegí esta.

Bajo del auto con la llave en la mano. No sé si lo que siento es miedo o cansancio, aunque a esta altura se parecen. La puerta principal se resiste; termino abriéndola con un golpe del hombro. Adentro huele a polvo encerrado y a madera que lleva demasiado tiempo sin recibir a nadie. Enciendo la luz. Parpadea, pero se sostiene.

Camino despacio por el vestíbulo. A la derecha hay un par de sillones demasiado viejos para tener historia. A la izquierda,

un mostrador que parece haber aguantado décadas de maltratos. Y al fondo está el pasillo, largo para un edificio tan chico, recto como una declaración. Produce una sensación difícil de describir, como si marcara un límite que no entiendo del todo.

Paso un dedo por la pared y la suciedad se me queda pegada. El pasillo termina en una ventana angosta que deja entrar una luz pálida, insuficiente. La miro y de inmediato sé que no sirve para lo que quiero. Me incomoda la idea de que los huéspedes lleguen hasta ese sector. Me incomoda la luz. Me incomoda la idea de no tener un rincón completamente mío. La decisión de tapiarla aparece sin esfuerzo, como si ya hubiera estado tomada desde antes.

Recorro las habitaciones. Están mejor de lo esperado: camas firmes, paredes torcidas pero estables. Cuando me agacho para corregir una tabla floja, una astilla se me clava en la palma. El dolor es mínimo, pero me detiene. Y en esa pausa vuelve una pregunta que intento evitar desde hace semanas: ¿cómo llegué hasta acá? No a este edificio, sino a esta forma de vida donde ya nada sostenía nada.

El recuerdo del auto retorcido en la ruta se cuela rápido: un sonido seco, metal plegándose, un grito. Ese momento que

no me pertenecía pero que me dejó en claro que la vida podía torcerse sin aviso. Me sacudo el pensamiento y sigo.

Enciendo todas las luces, abro las ventanas. El aire viejo se mueve, pero no desaparece. Todavía queda una especie de espera adherida a las paredes. Me quedo quieta frente al pasillo. No sé si estoy intentando entenderlo o si él está intentando entenderme a mí.

—Puedo con esto —digo.

La frase suena más firme de lo que me siento. Y aun así, algo en este lugar parece estar escuchando.

CAPÍTULO 2 — Inversión

La mañana arranca despacio. Abro las canillas y el agua sale marrón antes de aclararse; no me sorprende. Limpio el vestíbulo con la regularidad de quien intenta imponer orden sobre un espacio que todavía no le pertenece. El olor a madera guardada se va mezclando con el del limpiador y por momentos el lugar parece despertar.

Cuando paso al pasillo, noto que las paredes resisten más que las del resto del edificio. La mugre está más firmemente instalada y me toma más esfuerzo quitarla. Mientras froto una mancha vieja, el brazo me tira. Aparece un pensamiento sin dramatismo: esto es mejor que estar aguantando pedidos absurdos en una oficina sin ventanas. No necesito más detalles para entender lo que quiero decirme.

Sigo avanzando, sin apurarme. Algunas memorias vuelven en flashes, siempre breves: una conversación paternalista de un

jefe que creía estar haciendo “críticas constructivas”, una salida con amigas donde terminé escuchando problemas ajenos durante horas sin decir una palabra sobre los míos. Esas cosas no se recuerdan completas; solo regresan como sensaciones.

Llego a la ventana del fondo. La miro un momento, evaluando el marco. El viento se cuela por una grieta y me golpea la mano. Entiendo de inmediato que ese rincón no puede quedar abierto. Quiero un espacio que sea mío sin matices, sin tránsito, sin posibilidad de interrupciones. La decisión de tapiar la ventana se solidifica sin que yo necesite justificarla.

En el depósito encuentro tablas torcidas, clavos sueltos y herramientas que han visto mejores años. Las llevo al pasillo. Mientras ajusto la primera tabla contra la pared, me aparece una pregunta simple, casi práctica: ¿de verdad estoy haciendo esto? No suena a duda; es más bien una observación de alguien que se ve a sí misma desde afuera y no termina de reconocer su nueva vida.

Martillo el primer clavo y me golpeo un dedo. Me río apenas. El pasadizo absorbe el ruido con una calma extraña, como si lo registrara. Sigo trabajando, concentrada en mantener las

tablas alineadas. Mientras coloco otra pieza, vuelve un sonido que creí olvidado: el estruendo del accidente, breve y nítido. Ese ruido que me hizo entender que seguir postergando decisiones era un lujo que ya no tenía.

Termino por ese día. La ventana ya está parcialmente cubierta y la oscuridad empieza a instalarse donde quiero. El pasillo se siente distinto, como si hubiera soltado el aire. No le doy demasiadas vueltas.

Me limpio las manos y regreso al vestíbulo. Cada paso hace crujir el piso de manera familiar. No sé si estoy construyendo un refugio, un escape o un modo de existir más simple. Cualquiera sea la respuesta, por ahora me alcanza.

Pero antes de cerrar por la noche, tengo la clara sensación de que el edificio está prestando atención. No a las reformas. A mí.

CAPÍTULO 3 — Huéspedes nocturnos

El albañil terminó la pared del fondo en tres tardes. Quedó firme, sin rastro de la ventana. Fue el único trabajo que preferí no hacer yo; quería que ese rincón quedara bien sellado. Cuando lo vi terminado, sentí una satisfacción serena, como si la hostería por fin empezara a tomar la forma que necesitaba.

Esos días fueron más livianos: pequeños logros, pequeñas mejoras, nada extraordinario. Lo suficiente para sentir que el entusiasmo inicial no había sido una fantasía. Colgué el cartel nuevo en la entrada—**El Eco del Viento**—y por un momento tuve la impresión de que el nombre encajaba mejor de lo esperado con el silencio del lugar. No sé si fue orgullo o simple alivio, pero duró lo necesario.

La realidad llegó con los primeros huéspedes.

El tramo de ruta que separa los dos pueblos no invita a detenerse. El que entra aquí lo hace porque no le quedó otra opción. El primero fue un camionero con dolor de estómago que pidió té y silencio. El segundo, un viajante que hablaba como si llevara días sin encontrar a nadie que lo escuchara. El tercero apareció con una radio vieja que escupía estática.

Yo repetí la frase que había practicado mientras acomodaba los últimos detalles:

—Bienvenido al Eco del Viento. ¿Cuántas noches se queda?

Fui amable, pero el entusiasmo se fue desinflando. No por ellos, sino por lo que descubrí entre sus presencias: la hostería no se convertía en un refugio cálido por obra de mi voluntad. Seguía siendo un lugar aislado, silencioso, detenido entre dos pueblos que se dan la espalda. Y yo estaba en el medio, sosteniendo un espacio que parecía necesitar más de mí de lo que había imaginado.

La primera noche fue tranquila, aunque la palabra “tranquila” acá tiene una textura distinta. El silencio no es un vacío: es un peso. Lo escuchás, lo sentís en el pecho. Y cuando algún huésped caminaba por el pasillo, el sonido parecía viajar más lento, como si el edificio absorbiera parte del eco.

Yo evitaba que llegaran al final. Cerraba la puerta antes de que avanzaran demasiado. No quería curiosos en mi rincón, ni en la pared recién levantada. No sabía bien por qué, pero ese espacio ya no me gustaba compartirlo ni en teoría.

Esa misma noche, mientras anotaba algunas cuentas detrás del mostrador, tuve por primera vez la sensación concreta de no estar sola. No era un ruido. No era una sombra. Era algo más discreto: una atención. Como si el pasillo, oscuro y quieto, hubiera empezado a registrar mis movimientos.

No me asustó. Solo me dejó alerta.

La clase de alerta que aparece cuando una vida nueva empieza a mostrar sus reglas.

CAPÍTULO 4 — Manu

Con el paso de los días empiezo a reconocer los sonidos propios del hostal: el viento entrando entre las chapas, la madera que se acomoda cuando baja la temperatura y el susurro irregular del calentador. Son ruidos que se ordenan solos en mi cabeza hasta formar una especie de mapa. Aun así, todas las noches me queda la impresión de que falta algo en ese conjunto, como si hubiera un espacio silencioso en el que debería haber otro tipo de ruido y nunca aparece.

Una noche, al cerrar el pasillo para que los huéspedes no sigan hasta el fondo, me detengo frente a la pared nueva. El albañil hizo un buen trabajo; quedó firme, lisa, perfectamente opaca. La lámpara del techo proyecta mi sombra sobre la madera y me veo pequeña, despareja, casi encogida. La imagen me incomoda, no porque dé miedo, sino porque acentúa esa sensación de que el fondo del pasillo está demasiado vacío.

Me quedo ahí un momento, sin una idea concreta, hasta que aparece la posibilidad de pintar algo en esa pared, no por necesidad artística sino para transformar la oscuridad en un punto fijo. No quiero simbolismos ni un proyecto elaborado. Solo quiero que ese tramo del pasillo no parezca un límite impuesto por el silencio del edificio. Quiero que sea un rincón que yo pueda mirar sin sentir que me mira de vuelta.

Voy a buscar la lata de pintura negra que sobró de las contraventanas. Abro el envase con un destornillador, mezclo el contenido y regreso al fondo. Empiezo a pintar una figura humana sin demasiada técnica, apenas un contorno alto, sin detalles y sin rasgos. Lo hago rápido, más guiada por la necesidad de llenar el espacio que por cualquier intención estética. Cuando me alejo unos pasos, la silueta queda recortada con una presencia extraña, suficiente para convertir el fondo en un lugar menos anónimo.

Mientras observo el resultado, se me ocurre un nombre. No lo pienso mucho; simplemente lo digo para probar cómo suena en este pasillo largo.

—Manu.

La palabra se desplaza hacia la pared y queda suspendida un instante antes de deshacerse en el aire. Me doy cuenta de

que no es un nombre elegido: es un nombre encontrado. Y por algún motivo que no reviso demasiado, me resulta adecuado.

Guardo las cosas, cierro el depósito y apago las luces del pasillo una por una. Antes de dar vuelta la llave, miro hacia el fondo. La figura no impresiona ni intimida; solo ocupa el espacio que le asigné. Y aun así, el pasillo parece distinto. No sé si es una sensación mía o si el edificio, de algún modo, tarda un poco más en quedarse quieto.

Cierro la puerta con la idea sencilla de que mañana seguiré con las tareas pendientes. No siento compañía ni amenaza; apenas un cambio en el aire, leve, como si el lugar hubiera aceptado la presencia nueva sin discutirlo.

Esa noche me voy a dormir con una tranquilidad que no termino de entender, pero la doy por buena.

CAPÍTULO 5 — Los primeros incidentes

La llegada de los primeros huéspedes me obliga a ajustar expectativas. El Eco del Viento no es un refugio pintoresco ni un lugar donde alguien decida quedarse por gusto. Es una pausa obligada en mitad de una ruta que une dos pueblos que no se soportan y que, por ese mismo motivo, dejan este tramo en una especie de abandono compartido. Yo ya sabía eso, pero convivir con esa verdad es distinto a haberla leído en un papel de venta.

El primer hombre en aparecer esa semana llegó al atardecer con un perro grande que no dejaba de tensionar la correa. Él parecía cansado; el perro, directamente incómodo. Cuando me acerqué para recibirlos, el animal ladró con una fuerza que resonó en el vestíbulo y me hizo retroceder un paso.

—Perdón —dijo el dueño, avergonzado—. No suele ponerse así con la gente.

—No se preocupe —respondí, aunque el susto me quedó en la espalda.

Mientras caminaban hacia la habitación, el perro se detuvo frente al pasillo, miró hacia el fondo y luego hacia mí, con el lomo erizado. Parecía decidir si avanzar o no. El hombre tiró de la correa.

—Vamos, Moro. Dale.

El animal obedeció, pero más tarde, cuando volví a pasar por el pasillo, lo encontré suelto en mitad del corredor. Estaba agachado, inmóvil, observándome. Me acerqué despacio.

—Volvé con tu dueño —le dije.

El perro gruñó. Fue un sonido bajo, pero lo suficiente para que el pulso me cambiara de ritmo. Antes de que pudiera retroceder un segundo más, el dueño apareció desde la habitación, pálido y transpirado.

—No sé cómo salió —dijo mientras lo tomaba del collar—. Le juro que cerré la puerta.

Asentí, sin ganas de discutir. Lo vi meterse de nuevo en la habitación y esta vez asegurar la puerta con el seguro.

Un par de horas después salió desesperado, diciendo que el perro se había escapado por la ventana. Cuando revisé la habitación, comprobé que la ventana estaba tan dura que tuve que hacer fuerza para cerrarla. El hombre ya corría por la ruta llamando a Moro, sin mirar atrás.

...

El segundo huésped llegó un viernes, ya entrada la tarde. Parecía un viajante cualquiera, aunque desde el principio noté ese tipo de atención que no se dirige al edificio sino a la persona que lo atiende. Me observó de un modo demasiado fijo mientras yo completaba su registro.

—Qué lugar tan tranquilo —dijo, apoyado en el mostrador como si fuera la barra de un bar—. Debe ser una paz vivir acá.

—Depende del día —respondí.

—¿Está sola la mayor parte del tiempo?

—Me arreglo bien.

Él sonrió con un interés que no ocultó.

—Se nota —dijo.

Pagó en efectivo y se fue a dormir temprano. No hubo ruidos raros, ni golpes, ni nada fuera de lo esperable.

A la mañana siguiente salió de su cuarto tranquilo, como cualquier huésped que durmió bien. Dejó la llave sobre el mostrador

—Gracias por el descanso —comentó—. Capaz vuelva, me quedaron ganas de seguir conversando.

Antes de que pudiera responderle, sacó un papel del bolsillo y lo apoyó al lado.

—Por si necesitás algo —dijo, escribiendo rápido—. O si querés compañía algún día. Este lugar puede ser... intenso, si una lo vive sola.

Firmó el papel con una especie de floreo innecesario:
Ernesto.

Y debajo, su número de teléfono.

—No es compromiso —añadió con una sonrisa—. Pero pensé que capaz te venía bien tener a alguien cerca.

No supe qué hacer con el papel en ese momento, así que lo dejé junto a la caja registradora mientras él se alejaba por la

entrada, caminando con una seguridad que no coincidía con su estadía breve.

Eventualmente me olvidé del asunto, pero esa noche, Ernesto volvió.

No pidió habitación. Apenas abrió la puerta y asomó la cabeza con esa sonrisa que ya empezaba a resultarme familiar.

—Solo pasaba por acá —dijo—. Vi luz. Quise saludar.

La frase era demasiado casual para ser verdad. Y sin embargo, lo dejé entrar porque no tenía argumentos para echarlo.

Merodeó por el vestíbulo con curiosidad estudiada. Se acercaba a lo que yo estuviera haciendo sin llegar a invadir el espacio; era un equilibrio exacto entre cercanía y prudencia, calculado para no cruzar ninguna línea formal.

—Debe ser duro estar acá sola, de noche —comentó mientras yo limpiaba unos vasos—. Una mujer, quiero decir.

—Estoy bien —respondí.

—¿Segura? Yo solo digo que uno nunca sabe quién puede aparecer. La ruta es rara —añadió, como quien ofrece una preocupación genuina, aunque el brillo en los ojos contradijera el tono.

Me acompañó mientras guardaba cosas en la cocina.

—Puedo ayudarte si querés —dijo—. No tiene sentido que hagas todo sola. Me gusta conversar, nada más.

Su presencia era insistente, pero no agresiva.

Ese tipo de insistencia que parece amable si la escuchás una vez, pero que se vuelve creciente cuando se repite sin motivo.

—¿No tendría que estar en camino ya? —pregunté al fin.

—Tengo tiempo —contestó—. Y me cayó bien este lugar. Me caíste bien vos.

Lo dijo así, sin rebusques, como si la confianza fuera mérito suyo.

Cuando lo escolté hacia la puerta, hizo una pausa para mirar el pasillo.

—Ese fondo está muy oscuro —observó—. ¿No te da cosa?

—Para nada.

—Bueno —respondió, con una sonrisa que no supe interpretar—. Será cuestión de acostumbrarse.

Se fue caminando despacio, como si quisiera asegurarse de que yo lo mirara alejarse.

No intenté sacar conclusiones. Solo cerré la puerta y respire el silencio un momento más largo de lo usual.

CAPÍTULO 6 — Flores en la puerta

La mañana transcurre sin sorpresas. Cambio sábanas, limpio el vestíbulo, reviso la lista de reservas que casi siempre está vacía. El Eco del Viento sigue teniendo ese ritmo lento que, según el día, puede sentirse reparador o completamente desolador. Hoy cae en el punto intermedio.

A media tarde escucho el motor de un auto detenerse frente al hostal. No espero a nadie. Salgo al vestíbulo con el trapo en la mano y, cuando abro la puerta, lo veo.

Ernesto.

Con una sonrisa que parece ensayada.

Y un ramo de flores demasiado grande para cualquier excusa razonable.

—Pasaba por acá —dice, como si la ruta lo hubiera traído sin intención—. Vi tu auto y pensé que capaz... no sé, que un detalle podía alegrarte el día.

Me extiende el ramo. Huele fuerte, dulce, insistente.

Lo tomo porque sería más incómodo negarlo, pero sé que es una mala idea desde el segundo en que mis dedos tocan los tallos.

—No hacía falta —digo.

—A veces lo que hace falta es algo así —responde él, mirándome como quien espera un agradecimiento más largo que la frase.

Ernesto entra sin que lo invite. Camina por el vestíbulo con una familiaridad que no le corresponde.

—Qué silencio hay hoy... —observa—. Debe ser pesado llevar todo esto sola.

—Me arreglo bien —repito.

—Seguro. Pero no está mal aceptar compañía de vez en cuando —dice, mirándome con una persistencia que siento

entre las costillas—. Sobre todo cuando esa compañía tiene buena intención.

Deja su campera sobre un sillón como si pensara quedarse un rato.

Yo apoyo las flores en el mostrador para sacármelas de encima.

—Tengo trabajo —digo—. Si buscás habitación, hoy no tengo disponible.

—No vine por habitación. Vine por vos.

La frase queda suspendida en el aire. Él la sostiene con los ojos, esperando una reacción que no pienso darle.

—No corresponde —respondo, sin subir la voz.

—¿Por qué? —pregunta, dando un paso hacia mí—. No te estoy faltando el respeto. Solo digo que, si querés conversar, o distraerte, o sentirte acompañada... estoy cerca. Te dejé mi número el otro día. Pensé que ibas a escribirme.

—No tuve motivos.

Él sonríe, pero la sonrisa tiene algo torcido.

—Una mujer sola en un hostal en medio de la nada siempre tiene motivos —dice en tono bajo—. A veces tarda en admitirlo, eso sí.

Ese comentario me enciende una alarma interna. No miedo puro, sino esa sensación de que alguien cree saber más de vos de lo que tiene derecho.

Ernesto se acerca al pasillo. Mira hacia el fondo, hacia la silueta pintada.

—Ese rincón está cada vez más oscuro —dice—. ¿Dormís por ahí? ¿No te da impresión?

—No es asunto suyo —respondo, algo más cortante.

Él asiente, como si aceptara la corrección... pero sigue ahí, detenido, demasiado cómodo.

—No tenés que ponerte a la defensiva —dice—. Solo quiero ayudarte. Me caíste bien desde el primer día. No sos como las demás.

No me gusta esa frase. No me gusta nada de cómo la dice.

—Ernesto, debería irse —digo al fin.

—¿En serio? ¿Así de seco? —pregunta, con una mezcla de decepción y reproche—. Pensé que al menos ibas a invitarme un vaso de agua. Un mate. Algo.

—Estoy trabajando.

Él me observa un largo instante. Hay algo evaluador en sus ojos, algo que no intenta ocultar. Como si estuviera calculando por qué no funcionó su aproximación.

—Bueno —dice, finalmente—. Pero me voy a quedar cerca. Por si cambiás de idea.

No espero a que termine de hablar. Abro la puerta. Él sale despacio, sin apuro, como si quisiera dejar claro que volver es solo cuestión de tiempo.

—Cuidate —dice, antes de cruzar el umbral—. Este lugar no es para estar sola.

Cierro la puerta y me quedo apoyada en ella un momento. Las flores siguen en el mostrador, un recordatorio innecesario de su presencia. Me cuesta respirar parejo.

Voy hacia el pasillo casi sin pensarlo.

Manu está donde siempre: quieto, oscuro, sin forma precisa. Y aun así lo veo distinto esta vez. O tal vez soy yo la que está distinta.

Me siento en el piso, apoyando la espalda contra la pared opuesta. No lloro enseguida. Primero respiro.

Largo.

Despacio.

—No sé qué quiere ese tipo —digo, con la voz trabada—. Pero no me gusta. No me gusta cómo me mira, no me gusta cómo habla... no me gusta que asuma cosas sobre mí.

Las lágrimas aparecen sin aviso.

—No vine hasta acá para esto. No para tener encima a gente que cree que puede... que cree que tiene derecho a entrar así. A hablar así. A decidir por mí.

Respiro hondo, aunque me tiemblan los hombros.

—Quiero estar tranquila. Solo eso. Tranquila.

Me cubro la cara con las manos. No sé cuánto tiempo pasa. Sé que en algún momento dejo de llorar, pero el cuerpo sigue tenso.

Cuando levanto la vista, la silueta está allí. Igual que siempre.
Negra, estática, pintada.

Y sin embargo, me da la impresión —leve, imprecisa— de que
el fondo del pasillo se siente más denso.

Como si Manu estuviera recogiendo algo que dejé caer.

No digo nada más. Me quedo ahí hasta que recupero el aire.

Luego me levanto, cierro el pasillo y me voy a dormir con la
sensación clara de que hoy sí, el día me agotó.

Y con otra sensación nueva, pequeña, apenas un punto en el
estómago:

la certeza de que Ernesto no piensa dejar las cosas así.

CAPÍTULO 7 — Confesiones

La tarde avanza con esa mezcla de calma y tensión que el hostal tiene últimamente. Limpio los últimos restos de tierra que algún huésped dejó en el vestíbulo y preparo la ropa de cama para el día siguiente. Estoy cansada, pero todavía no lo suficiente como para dar por terminado el día. Lo que sí noto es otra cosa: una inquietud que no se me fue desde la mañana, una sensación parecida a cuando una está esperando un mensaje que no quiere recibir. Ernesto dejó su número sobre el mostrador hace dos días. No lo llamé. No tenía por qué hacerlo. Aun así, la idea de que él espera un gesto de mi parte me acompaña como una sombra que se adelanta sin permiso.

Cuando termino las tareas, voy al fondo del pasillo casi sin pensarlo. Manu está ahí, del mismo modo en que lo dejé, una figura negra sin rostro, silenciosa. Tal vez por eso es tan fácil hablarle: no contradice, no juzga. Me siento en el piso,

apoyando la espalda contra la pared. Hoy no tengo ganas de fingir firmeza.

—No me fui de mi vida anterior por valentía —empiezo—. Me fui porque ya no quedaba nada que salvar.

La voz sale ronca, como si hubiese estado en silencio mucho más tiempo del que creo. Hablar abre una grieta: las palabras salen una detrás de la otra, como si hubiesen estado esperando un lugar donde caer.

—Pasé años con alguien que sabía exactamente cómo quebrar sin levantar la mano. No gritaba. No insultaba. Solo acomodaba las palabras para que yo dudara de mí misma. Cada gesto era un espejo torcido. Todo lo que hacía estaba mal, y si no estaba mal, era insuficiente.

Me seco una lágrima, sorprendida de haberla dejado salir.

—Después vino el trabajo, otro lugar donde me pedían más de lo que podía dar. Cuando buscaba apoyo en mis amigos, estaban ocupados con sus propias vidas. “Vos no tenés de qué quejarte”, decían. Yo tenía todo, menos aire.

Respiro hondo, como si la garganta necesitara espacio para seguir.

—Hasta que un día vi cómo un auto se partía contra un guardarraíl, y cómo una vida ajena, la de alguien sin nombre ni rostro, terminaba en un instante. Sentí algo parecido a una alarma. No quería llegar a eso. No quería seguir sosteniendo una vida que no era mía y que podía extinguirse de repente. Me fui sin despedirme. Sin avisar. Fue la única decisión que tomé pensando en mí desde hacía años.

Me quedo en silencio. El cuerpo me pesa de una forma que no había sentido desde que llegué. Sigo hablando porque si me callo ahora, sé que no voy a poder retomar.

—Y ahora aparece Ernesto. Con esa forma de hablar... como si yo le debiera algo. No sé qué espera de mí, pero sé que no quiero descubrirlo.

Miro a Manu, no esperando una respuesta, pero deseando una, lo cual es distinto. En ese momento la luz del pasillo parpadea. Es apenas un segundo, lo suficiente para que la parte superior del hombro de la silueta parezca inclinada hacia adelante. Parpadeo yo también, creyendo que es cansancio, y la sombra vuelve a ser la misma. Es una pared, me digo. Nada más.

Me levanto, busco agua, necesito cortar ese hilo emocional antes de que me enrede. Cuando vuelvo al vestíbulo, golpean la puerta.

Es Ernesto.

La sonrisa de siempre. El bolso grande a sus pies. Una presencia que no respira al mismo ritmo que el ambiente.

—Pasaba cerca —dice—. Pensé que capaz te venía bien compañía. Traje un bolso por si necesitaba quedarme un rato. O una noche.

No “tenía pensado pasar”. “Tenía pensado venir.”

—No corresponde, Ernesto —respondo, sosteniendo la puerta para impedirle el paso—. No estoy recibiendo visitas.

—No soy una visita. Soy alguien que quiere ayudar —dice él, como si el tema no admitiera alternativa—. No es sano que estés sola acá. De verdad no lo es. Puedo quedarme en el sillón, si eso te hace sentir más cómoda.

—No quiero que se quede.

La sonrisa se le achica, pero la intención no cambia.

—Pensé que teníamos buena onda —dice—. Pensé que estabas sola.

—Estoy bien sola.

—Nadie está bien solo —responde, acercándose medio paso—. Y menos alguien como vos.

La frase me deja helada. Es el tono, no las palabras. El tono de quien siente que sabe más de lo que debería. Intento cerrar la puerta y él apoya la mano en el marco, firme.

—No me eches así —dice en voz baja—. No hace falta ponerse dramática.

Antes de que pueda responder, se escucha movimiento detrás de él. Una pareja de mochileros acaba de entrar con dos morrales enormes y la expresión humilde de quienes llegan sin alternativa. El alivio que siento me atraviesa el cuerpo entero.

—¿Tienen habitación? —pregunta la chica.

—Sí, claro. Pasen —respondo.

Ernesto retira la mano del marco con una lentitud calculada, como si la decisión siguiera siendo suya.

—Parece que tenés trabajo —dice—. No te distraigo más.

—Si usted desea quedarse, tengo una habitación disponible —respondo. Prefiero tenerlo registrado, ubicado, lejos de mi cuarto y con testigos cerca.

—Ah, sí. Me viene bien —dice, y levanta el bolso con una satisfacción que me inquieta.

Le doy la llave y él se va hacia el pasillo con demasiada familiaridad, como si el hostal ya fuera terreno establecido.

Termino el registro de los mochileros. La chica me mira con la sutileza de quien entiende más de lo que pregunta.

—¿Todo bien? —susurra el chico.

—Sí. Solo estoy cansada —respondo.

Los llevo a su habitación y vuelvo al vestíbulo. Ernesto está ahí, inmóvil, como si nunca se hubiese ido.

—La habitación está bien —dice—. Pero quería hablar un minuto más. Aclarar las cosas.

—No hay nada que aclarar.

—Creo que sí. Me cortaste muy de golpe. Yo no soy un hombre peligroso.

El cuerpo se me tensa solo.

—Señor Ernesto, por favor, no me hable en ese tono.

—¿Qué tono? Si apenas conversamos. Vos te alterás fácil.

Un ruido de puerta se abre detrás de nosotros. La mochilera aparece otra vez.

—Perdón... ¿dónde puedo enchufar el cargador?

No es una pregunta. Es un rescate.

—En la pared izquierda —respondo—. Al lado del velador.

Ella vuelve a la habitación, pero antes de cerrar observa a Ernesto con una atención que no disimula. Él pierde la sonrisa.

—No me gusta cuando me dejan hablando solo —dice.

—No está solo. Está hospedado.

—Te hacés la fuerte. Pero no lo sos.

Hay algo evaluador en su mirada, algo que reordena la situación como si estuviera probando qué piezas puede mover.

—Voy a descansar —dice—. Después seguimos hablando.

No espero a que termine.

Asiento y me voy hacia el pasillo.

Cuando paso junto a la habitación de la pareja, escucho un susurro:

—¿Estás bien?

—Sí —respondo en voz baja—. Gracias.

Ellos no abren la puerta. No preguntan más.

Pero su presencia me sostiene más de lo que quiero admitir.

...

La noche cae con un peso distinto. El hostal parece estar escuchando. Me cuesta dormir; doy vueltas, escucho el viento, los crujidos, los sonidos típicos de una estructura vieja que hoy suenan... demasiado próximos.

En algún momento, una puerta suena.

Me despierto con esa certeza.

Cruzo el pasillo.

La puerta de Ernesto está entreabierta.

Golpeo.

Silencio.

La abro.

La habitación está vacía.

La cama sin usar.

El bolso no está.

Todo ordenado, como si hubiese entrado y salido sin detenerse.

La ventana está cerrada, hermética.

Frío el marco, frío de madrugada.

—¿Se fue? —pregunta el mochilero, descalzo y con el miedo en la voz.

—Parece que sí —respondo.

La chica aparece detrás de él.

—Ese hombre tenía algo. No sé qué, pero algo.

Asiento. No tengo fuerzas para disimular. Ellos vuelven a su habitación y dejan la puerta entreabierta, un gesto simple que me ablanda el pecho.

Vuelvo hacia mi sector del fondo.

El pasillo se siente más largo, como si las paredes se hubieran estirado durante la noche.

Manu está allí.

La misma silueta negra.

El mismo contorno.

Pero algo en el aire está distinto. No sabría decir qué, si tensión o quietud.

Me siento frente a él, exhalando despacio.

—No quiero que vuelva —susurro—. No quiero verlo más. No quiero sentir miedo acá. Este lugar era mío. Mío para empezar de nuevo.

Las lágrimas caen sin permiso.

—No quiero más hombres que me miren como si yo fuera terreno fácil. No quiero más palabras dichas como si supieran quién soy. No quiero más puertas bloqueadas.

Me cubro el rostro. El aire parece moverse, apenas. Lo suficiente para que un escalofrío me recorra la espalda.

Cuando recupero la respiración, levanto la vista.

Manu sigue allí, exactamente igual.

Pero yo ya no soy la misma.

Y la sensación nítida —peligrosa, íntima— es que alguien en este hostal escuchó mis palabras...

CAPÍTULO 8 — Señales

Me despierta un ruido que no pertenece al hostal. No es viento ni chapa. Es más profundo, más ajeno: el motor de un coche que se detiene lejos, quizá en la curva donde la ruta se abre hacia los campos. Me quedo inmóvil un momento, escuchando, tratando de convencerme de que puede ser cualquiera: un viajero buscando señal, alguien perdido, un conductor dormido. Pero la inquietud no me cree.

El motor se apaga.

Silencio.

Luego, los pasos.

Lentos, medidos, como si la persona hubiera decidido rodear el hostal en lugar de acercarse por la entrada. La grava crujе en pequeños estallidos que se sienten más cerca de lo que deberían. Tengo la garganta seca. Me incorporo en la cama y escucho con más atención.

Los pasos siguen bordeando la construcción hasta llegar a la zona de mi cuarto. Se detienen justo frente a la ventana. No oigo respiración, pero sí la pausa: un silencio espeso, de alguien que observa. Me digo que puede ser un animal, pero los animales no hacen pausas así.

El borde de la cortina se mueve por una corriente de aire que no debería existir. No sé si acercarme o quedarme quieta. El cuerpo elige por mí: no me muevo.

Los pasos retroceden un poco y siguen su ronda hacia la puerta principal. Entre el sonido de la grava escucho otro, más suave, más largo: el picaporte. Alguien prueba la puerta. Primero una vez. Después otra, más lenta. Como si midiera la resistencia o comprobara si estoy despierta.

Me paralizo. No puedo gritar.

La persona se mueve otra vez. No entra. Solo bordea el edificio.

Mi mente se adelanta sin permiso: **Ernesto**.

Ernesto con su bolso grande. Ernesto que no soporta que le marquen un límite. Ernesto que desapareció sin despedirse. Ernesto que tal vez esperaba que los mochileros se fueran para tener “una charla pendiente”.

No sé si es él. Pero sé que podría serlo.

Una puerta se abre despacio a mitad del pasillo. Es la de los mochileros.

El chico habla desde adentro, sin salir.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí afuera?

Su voz es firme, pero no valiente. La chica se acerca detrás de él; escucho el roce de sus pies contra el piso.

—¿Hola? —repite el chico, esta vez más alto—. ¿Necesita algo?

Nada responde.

El silencio es tan sólido que parece una pared.

Los pasos retoman su camino, alejándose hacia el costado del edificio, como si la presencia hubiera decidido completar la vuelta. La grava se apaga en el suelo húmedo del costado, y por un momento creo que ya terminó, pero entonces vuelve el ruido: el coche. Muy lejos, como si hubiese estado estacionado fuera del alcance de la vista. El motor arranca con un sonido áspero y se pierde en la ruta sin apuro.

El hostal queda en silencio otra vez. Un silencio distinto al de siempre, más cargado, como si hubiera quedado suspendido algo en el aire. Abro la puerta de mi cuarto y camino despacio hacia el pasillo. Las luces están fijas, sin parpadear. La pareja está en la entrada de su habitación. Ninguno sale.

—¿Lo vio? —pregunta la chica.

—No —respondo—. No llegué a ver nada.

Nos quedamos un momento escuchando. Nada se mueve afuera.

La tranquilidad es demasiado rápida. Demasiado perfecta.

La pareja vuelve a su habitación. Dejan la puerta apoyada, sin cerrarla del todo. Yo sigo hasta el fondo del pasillo.

Manu está en su lugar.

Quieto.

Indescifrable.

Me acerco unos pasos. No sé si busco calma o respuestas.

Solo sé que no quiero sentirme indefensa otra vez.

—Creo que era él —susurro, aunque no tengo certeza—. Ernesto. O alguien parecido.

No espero nada de la sombra, pero el pasillo se siente más estrecho, como si el aire se hubiera acumulado en un solo punto. No hay movimiento. No hay ruido. Solo esa presión leve, esa presencia que no es humana y que, sin embargo, parece escucharme mejor que cualquiera.

Apoyo la mano en la pared, cerca de la pintura. La superficie está tibia. Quizás por mi propio cuerpo. Quizás no.

—No quiero que vuelva —digo, apenas audible.

Y mientras lo digo, sé que este miedo ya no es solo mío.

Sé que el hostal lo absorbió.

Sé que Manu también.

No se mueve.

Pero tampoco necesito verlo moverse para saber que algo cambió.

Aflojo la mano y vuelvo a mi cuarto. Me acuesto sin apagar la luz.

El motor del auto ya es apenas un recuerdo lejano. Pero la sensación de que esta noche alguien vino a buscarme no se va.

Y la de que alguien más lo notó, tampoco.

CAPÍTULO 9 — El regreso

A la mañana siguiente me despierto antes del amanecer. No dormí más que unas horas. La luz suave de la ruta entra por la ventana todavía temblorosa, como si la noche no se hubiera ido del todo. Me visto despacio, revisando con la mirada cada rincón del cuarto, buscando un indicio de que lo que escuché anoche fue real y no una mezcla de sueño e inquietud.

Cuando salgo al pasillo, escucho movimientos en la cocina. Los mochileros están preparando café con la torpeza amable de quienes saben que están usando un espacio ajeno.

—Buen día —dice él, con una sonrisa tímida—. No logramos dormir demasiado.

—Yo tampoco —respondo.

Intercambiamos miradas que dicen más de lo que cualquiera quiere poner en palabras. Aun así, intentan suavizarlo.

—Tal vez fue alguien de paso —dice la chica—. Un conductor perdido.

Asiento, aunque ninguna de las tres versiones que inventamos da la impresión de verdad.

Los dejo desayunando mientras reviso el mostrador. Ordeno recibos, registro mentalmente las reservas inexistentes del día y acomodo un par de folletos sin importancia. Es entonces cuando veo el papel.

Un cuadrado blanco doblado en dos.

No estaba ahí anoche.

Lo abro sin aire.

“Podrías haberme atendido.”

Abajo, la firma: **Ernesto.**

La misma caligrafía redonda, demasiado segura de sí misma.

Nadie tuvo que decírmelo: entró mientras yo dormía.

No sé cómo.

No sé cuándo.

Cierro el papel con el cuidado de quien cierra una herida.

Voy al pasillo. El piso está frío. El aire también.

Manu está ahí, firme, oscuro, inexplicable como siempre.

—Este tipo no tiene límites —digo en voz baja, como si el pasillo pudiera oírme antes que él—. No sé qué planea. No sé qué quiere. Pero no puede venir así.

La silueta no se mueve.

Pero hay una tensión en el ambiente, como un hilo que se estira sin romperse.

No es miedo.

Es la sensación de que ya no estoy sola ante lo que venga.

...

A media tarde, la pareja de mochileros decide irse. Les insisto para que se queden una noche más, pero algo en ellos ya está decidido: nunca dicen que se asustaron, pero lo llevan en los ojos.

—Gracias por todo —dice la chica—. Estás haciendo un lugar lindo. Solo... cuidate.

Me abraza rápido. No es habitual que un huésped abrace al dueño de un hostal. Pero acepto el gesto sin pensar. El chico me da una palmada en el hombro, algo torpe, algo afectuosa.

—Si volvemos por esta ruta, pasamos a saludar —dice, aunque los dos sabemos que no volverán.

Los veo subir al auto y perderse en la misma curva donde la noche anterior alguien había detenido el motor.

El hostal queda vacío.

Y lo siento demasiado.

Regreso al vestíbulo. El papel con el mensaje de Ernesto sigue allí. Lo guardo en un cajón, aunque sé que esconderlo no cambia nada.

El silencio que queda después de que se marchan los huéspedes es más pesado que otras veces. Un silencio que parece esperar mi siguiente movimiento.

Voy hacia el fondo del pasillo, como si buscara consejo en una pared.

—No sé si va a volver —digo, sentándome frente a Manu—. Pero tampoco sé si me conviene que vuelva. Eso es lo peor: una parte de mí quiere enfrentar esto, y otra quiere desaparecer también.

Mis palabras rebotan en el aire.

No espero respuesta.

Pero siento, de forma casi física, que Manu registra todo.

Cada miedo.

Cada duda.

Cada fragmento de confesión que no debería haber dicho.

Tal vez la soledad sí me esté afectando.

...

Al anochecer, vuelve el sonido del motor.

Exactamente el mismo tono bajo y contenido de la noche anterior.

Me asomo por la ventana del vestíbulo.

No lo veo, pero sé que está ahí.

O alguien.

La luz del coche queda encendida un instante, iluminando apenas la curva. Después se apaga, como si hubiese

estacionado en el mismo punto donde se detuvo la noche pasada.

Los pasos no tardan en llegar.

La grava cruje suave, insistente, rodeando el hostal.

Esta vez no se detiene en mi ventana: va directo hacia la puerta principal.

El picaporte se mueve.

Sin violencia, pero con decisión.

Como si probara si estoy cerca.

Como si supiera que estoy escuchando.

Me quedo quieta en la sombra del mostrador.

El corazón golpea en el pecho como si quisiera responder por mí.

El picaporte vuelve a girar.

Más lento.

Más preciso.

Y en ese instante, desde el fondo del pasillo, escucho un sonido que no sé cómo describir: no es un golpe, no es un crujido, pero tiene el peso de una advertencia.

Un sonido que no pertenece al viento.

Ni al edificio.

Ni a mí.

Los pasos afuera se detienen.

El silencio cae de golpe.

Luego, la grava vuelve a sonar: el intruso retrocede, rodea el hostal otra vez y se aleja hacia la curva.

Al cabo de unos segundos, el motor arranca.

Y la noche se vacía.

Quedo un rato sin moverme.

Luego camino hacia el pasillo.

Manu está exactamente donde siempre, pero el aire alrededor suyo parece más denso, más presente, como si la oscuridad se hubiera acomodado un poco más cerca de mi cuerpo.

Me apoyo en la pared opuesta.

—No sé si fue él —susurro—. Pero si vuelve... no quiero estar sola.

Y por primera vez, al decirlo, sé que ya no lo estoy.

Para bien o para mal.

CAPÍTULO 10 — El límite

La tarde cae con un cielo húmedo que no decide si oscurecer o mantenerse suspendido sobre los cerros. Paso el trapo por el mostrador con una insistencia mecánica: lleva limpio desde el mediodía, pero no quiero quedarme quieta. El hostal está particularmente silencioso; ni el viento parece interesado en rozar las chapas. Es un silencio que permite escuchar incluso la propia respiración, y eso nunca es buena señal.

A media tarde suena el teléfono fijo. Me sobresalto porque no recibo llamadas y casi nadie tiene este número. Descuelgo con cautela.

—¿Hola?

Nadie responde.

No es un silencio vacío: es el silencio de alguien que escucha, atento, paciente. Vuelvo a intentarlo.

—¿Quién habla?

Lo único que oigo es un roce leve, algo que podría ser tela o piel acercándose al auricular. La falta de palabras pesa más que cualquier amenaza explícita. Cuelgo. Me quedo mirando el aparato como si pudiera explicar lo que acaba de pasar. No suena de nuevo, pero la sensación que deja es la de una presencia tibia que no termina de irse.

Pienso inevitablemente en Ernesto: en su bolso demasiado grande, en su insistencia, en su nota dejada mientras dormía. Todo encaja demasiado bien con ese silencio intencional.

Salgo al exterior para despejarme. Camino hasta la tranquera y miro la ruta. Todo está quieto, demasiado quieto, como si el paisaje también estuviera conteniendo el aire. No veo coches. No veo figuras. No siento nada raro, pero la calma parece fabricada, como una pausa incorrecta en una frase que debería seguir.

Regreso al hostal y cierro la puerta con llave, algo que casi nunca hago antes de dormir.

...

La noche llega de golpe, sin transición. Estoy preparando un té en la cocina cuando escucho un golpecito seco en el vidrio del vestíbulo. No es fuerte; es el tipo de toque que daría alguien que quiere confirmar si hay una persona del otro lado.

Camino hasta la ventana. No veo a nadie. La oscuridad del camino forma un muro espeso donde cualquier figura podría ocultarse sin esfuerzo. Me alejo un paso, escuchando.

A los pocos segundos, oigo una respiración contenida. Un exhalar corto, pegado al vidrio. No pertenece al viento. Mis manos tiemblan un poco, pero sigo mirando, tratando de distinguir un rostro o un movimiento que justifique lo que escucho. Nada. Solo oscuridad.

De reojo miro hacia el pasillo. Manu está ahí, fijo en su rincón, inmóvil como siempre. Su presencia, sin intención ni forma, absorbe el clima de la sala como si el aire se acumulara frente a él.

El sonido de la grava reaparece. Pasos. Esta vez más rápidos, como si quien estaba afuera hubiera dado una vuelta parcial y regresara a la entrada. El picaporte se mueve apenas,

tanteando la cerradura. Luego intenta otra vez, más lento, como si quisiera saber si estoy del otro lado.

Mi respiración se detiene sin que yo lo decida. La cerradura resiste y el metal vibra.

Los pasos se detienen.

—¿Hola? —dice una voz masculina apagada por la madera—.
¿Estás despierta?

La sangre me sube a la cara de golpe. No reconozco la voz con claridad, pero tampoco necesito hacerlo. Las mentes asustadas llenan huecos con nombres conocidos, y el de Ernesto es el primero que aparece.

No respondo.

El silencio es lo único que tengo.

—No seas así —agrega la voz—. Solo quiero hablar. No es para tanto.

Me cubro la boca para evitar que la respiración me delate. Los pasos se mueven nuevamente, bordeando el hostal. Escucho cuando pasa frente a mi ventana. Se detiene otra vez. Una sombra indeterminada oscurece el reflejo del vidrio

por un instante. No logro descifrar si se inclina para mirar hacia adentro o si simplemente está allí, quieta.

La garganta me arde.

Los pasos continúan hacia la parte trasera del hostal, hacia donde el pasillo termina, hacia donde está Manu. El pasillo parece tensarse a medida que me acerco, como si el aire supiera algo que yo no.

Sigo el ruido sin llegar a verlo.

Me detengo frente a Manu.

—No quiero que entre —susurro, y la frase me sorprende apenas sale. No sé para quién la digo ni por qué.

El aire a mi alrededor cambia de densidad, como si el silencio acumulado en el pasillo se hubiera convertido en una presión suave sobre la piel. No hay movimiento. No hay señal concreta. Solo esa respuesta sutil del ambiente, difícil de explicar incluso para mí.

Un golpe repentino sacude la puerta trasera. No parece un intento de forzarla, sino un golpe dado con fastidio, quizás con la mano abierta. Me sobresalto, pero no doy un paso

atrás. El golpe se repite, más fuerte esta vez. Un tercero suena brusco, como si quien lo dio hubiera perdido el equilibrio o resbalado en la plataforma de piedra.

Y entonces escucho un quejido ronco, una maldición cortada:

—¿Qué mierd...?!

La voz queda flotando en el aire frío. No sé si expresa sorpresa, dolor o miedo. Tampoco sé si la escuché tal cual o si mi imaginación completó lo que faltaba.

Los pasos retroceden de golpe. Se alejan sin cuidado, aplastando la grava en una carrera breve. Después se oyen más lejos, saltando hacia el pasto seco. Y al cabo de unos segundos, el motor de un coche arranca en la ruta, lejos, como si alguien hubiera decidido irse sin mirar atrás.

Quedo quieta en medio del pasillo, con la respiración detenida. No entiendo qué pasó. No sé si alguien intentó entrar y tropezó. Si fue Ernesto. Si fue otro intruso. Si solo estoy escuchando lo que temo.

Me digo que es el miedo.

Que estoy sola.

Que la noche distorsiona todo.

Miro a Manu.

Sigue igual que siempre.

Y sin embargo, ese presentimiento vuelve—esa intuición obstinada de que algo en este hostal respondió antes que yo.

CAPÍTULO 11 — La hostería del silencio

El amanecer trae una luz pálida que parece incapaz de calentar nada. Recorro el vestíbulo con la taza de té entre las manos; todavía siento la vibración del golpe de anoche, aunque intento convencerme de que fue un accidente, una torpeza, un ruido exagerado por la oscuridad. La mente hace eso cuando quiere sobrevivir: acomoda los hechos hasta que encajan en una versión soportable.

Dejo la taza en el mostrador y repaso la agenda inexistente del día. No hay reservas. No espero a nadie. La pareja de mochileros se hace tiempo, dejándome un silencio más grande que su ausencia. Ese vacío se pega al aire como humedad.

Camino hacia el pasillo. No sé si busco confirmar que todo está en su lugar o si simplemente quiero mirar a Manu para

asegurarme de que sigue siendo una pintura, una sombra fija, algo que no se mueve.

Está ahí, por supuesto.

Exactamente donde lo dejé.

Y sin embargo me siento atraída hacia su rincón como si necesitara comprobar que "alguien" más sigue en este edificio.

Me apoyo contra la pared y dejo que el cuerpo se vaya deslizando hasta el piso. No lo pienso demasiado; estoy cansada y el frío del suelo, por alguna razón, me calma. La espalda encuentra su lugar justo donde la pintura termina, como si el ángulo del muro hubiera sido construido para sostenerme.

No sé cuánto tiempo paso ahí sentada.

Minutos. Quizás más.

—Creo que exageré anoche —digo, sin saber si hablo con él o conmigo—. Estoy sola hace semanas, es normal que cualquier ruido suene a amenaza.

Mis palabras quedan suspendidas en el pasillo.

—Puede que fuera Ernesto —continúo—, pero también puede que no. No tengo pruebas. No lo vi. No sé nada. Estoy asumiendo cosas porque él me incomodó... porque no aceptó un no... porque vino con ese bolso enorme como si tuviera planes que no quería decir.

El silencio del pasillo es distinto al silencio del resto del hostal. Acá suena más contenido, más deliberado, como si las paredes escucharan.

—No debería pensar tanto —susurro, inclinando la cabeza hacia el hombro—. Pero cuando una está sola, la mente hace lo que quiere.

Sin darme cuenta, apoyo la mano en la pared, muy cerca del borde de la silueta. La pintura está fría al tacto; no debería sorprenderme, pero la sensación se siente más precisa, como si mi piel registrara cada irregularidad del trazo.

Respiro hondo.

El aire de este tramo del hostal siempre es más denso, pero no desgradable. Tiene algo de guarida, de sótano emocional donde los pensamientos pueden caer sin que nadie los juzgue.

—No sé si quiero que vuelva —admito—. No sé si quiero que alguien vuelva. Cada persona que cruza esa puerta trae algo. Y yo ya estoy bastante cargada.

Cierro los ojos un momento.

El silencio se acomoda alrededor mío.

Me permite estar ahí, sin esfuerzo, sin máscara.

Cuando los abro, Manu sigue siendo una sombra pintada. Pero la idea de levantarme y dejar este lugar me resulta... pesada.

No es que no pueda.

Es que no tengo apuro.

...

A media tarde doy un par de vueltas por el hostal, moviendo cosas solo para combatir la quietud. Afuera, la ruta está desierta; siento que el mundo se angosta un poco más cada día.

Camino hacia la puerta trasera. No sé qué busco. Tal vez nada. Tal vez solo confirmar que todo está quieto, que la madrugada no dejó restos de su sobresalto.

Abro la puerta con cautela.

El aire de afuera está más frío que de costumbre, casi cortante.

Doy un paso hacia la grava.

Ahí lo veo.

La franja de piedras que bordea la pared tapiada está removida, como si alguien hubiese patinado o tropezado con violencia. No son marcas limpias: son surcos irregulares, frenadas breves, la huella de una bota que arrastró el pie antes de recuperar el equilibrio.

Me agacho.

Toco una de las piedras desplazadas.

Está partida.

A la mitad.

Como si hubiese recibido un golpe fuerte, directo, desde arriba.

Miro hacia la pared exterior. No hay roturas evidentes, pero sí una mancha tenue, una suciedad nueva, como si algo —o alguien— hubiese chocado contra el muro antes de correr.

Nada más. Nada menos.

Me enderezó.

El corazón me late más rápido de lo que admito.

Podría haber sido un animal.

O tal vez yo exageré los sonidos.

O el intruso se asustó solo.

O...

Sacudo la cabeza.

No quiero completar esa última opción.

Cierro la puerta. Vuelvo al pasillo sin darme cuenta.

Me siento otra vez frente a Manu, como si ese espacio fuera más mío que mi propio cuarto.

—Tal vez lo único que necesito —digo, sin pensarlo— es a alguien que no hable. Que no espere una respuesta. Que no me pida nada a cambio de nada.

La frase me sorprende.

Pero no me incomoda.

Me quedo un rato más ahí, hasta que la luz empieza a caer y entiendo que he pasado demasiado tiempo en el mismo

lugar sin sentir el aburrimiento ni el peso de las horas. Me levanto con cierta dificultad —la espalda protestando, las piernas adormecidas— y me obligo a volver al vestíbulo.

La noche llega sin sobresaltos.

Pero ahora sé que, cuando necesite silencio, volveré al pasillo.

Es extraño admitirlo, pero ese rincón oscuro se ha vuelto un lugar donde respiro mejor que en cualquier otra parte del hostal.

Y eso, aunque no lo quiera pensar demasiado, dice más de mí que del lugar.

CAPÍTULO 12 — Días sin forma

Los días siguientes avanzan sin estructura. A veces creo que es lunes, y después descubro que ya es jueves; otras, me sorprende que haya luz cuando siento que todavía debería ser de noche. El hostal parece flotar fuera del tiempo, como si el calendario hubiese decidido no aplicarse del todo a este lugar.

Recibo algunos huéspedes, creo. Dos camioneros que se quedaron solo una noche, una mujer joven que pidió una habitación tranquila, una pareja que no usó el comedor y se fue al amanecer. Los recuerdo en imágenes sueltas, como flashes mal ordenados: una risa apagada, una mochila roja, el olor a nafta, la sombra de un cuerpo cruzando el pasillo. No sé si estuvieron realmente uno, dos o cinco días. No sé si hablé con ellos o si solo imaginé hacerlo.

Lo único que sí sé es que, cada vez que se van, me descubro volviendo sin pensarlo al mismo lugar: el fondo del pasillo.

Me siento en el piso con la espalda apoyada en la pared que sostiene a Manu. La pintura ya no me parece fría como antes; quizás porque estoy acostumbrándome, quizás porque mi cuerpo adoptó esa textura áspera como parte de un ritual. A veces paso horas ahí sin darme cuenta. Otras, me quedo apenas unos minutos antes de volver al mostrador. Pero el tiempo que paso en ese rincón es el único que no se me escurre de las manos.

Hablo poco cuando estoy ahí.

A veces solo respiro.

A vecesuento cosas sin importancia: lo que desayuné, la forma en que un huésped dejó la llave, un ruido que escuché en la madrugada. Otras veces me quedo callada, sintiendo la pared firme detrás de mí como si fuera un respaldo, o un cuerpo, o algo que no tiene nombre.

No espero respuestas.

No las necesito.

Lo que necesito es ese silencio espeso, contenido, que solo encuentro acá.

Una tarde, mientras limpio el vestíbulo, me sorprende no recordar si ya lo había limpiado esa misma mañana. La escoba está donde siempre, pero la siento húmeda, como si hubiera estado usándola hace un rato. Intento hacer memoria y me llega una imagen borrosa: yo pasando el trapo, pensando en Ernesto, tratando de convencerme de que no va a volver. Pero la imagen se desvanece enseguida, como si no fuese mía o como si la hubiese soñado.

No me gusta esa sensación.

Pero tampoco me alarma.

Atribuyo la confusión al cansancio, al insomnio, a la tensión de las últimas noches. A la soledad. Una mente sola siempre acomoda los hechos de acuerdo a lo que puede soportar.

Esa misma noche, mientras preparo la cena, me viene un pensamiento fugaz:

La última noche del intruso no fue exactamente así. Algo falta.

Algo no recuerdo.

La idea aparece y desaparece como un reflejo en el vidrio.

Intento reconstruir lo ocurrido. Sé que escuché la voz. Sé que alguien intentó abrir la puerta. Sé que hubo golpes, un quejido, una maldición cortada. Sé que el coche arrancó y se

alejó. Todo eso lo recuerdo con nitidez... pero no logro enlazarlo. Las escenas no encajan. Son fragmentos sin continuidad.

De pronto, algo más: un destello que podría ser la imagen de un hombre cayendo hacia atrás, o girando bruscamente, o cubriéndose la cara.

No sé si es real o si mi mente lo fabricó.

El pensamiento me sobresalta tanto que dejo caer el cuchillo en la mesada. El metal golpea la madera con un sonido áspero que me recuerda demasiado al golpe contra la puerta aquella noche.

Vuelvo al pasillo, casi por reflejo.

Me siento donde siempre, con la espalda apoyada en la pared de Manu.

Cierro los ojos.

—No sé si fue Ernesto —digo en voz baja—. No sé si lo que creo recordar pasó así. Tal vez no hubo un golpe. Tal vez solo se asustó y se fue. Tal vez... tal vez me bloqueé yo.

El pensamiento me humilla un poco: admitir que podría haber perdido el control, que mi mente decidió borrar lo que no podía soportar.

Pero el silencio del pasillo me envuelve de una forma que no parece juicio. Es más suave, más contenedor, como si la oscuridad supiera que no hace falta explicar nada.

—No quiero pensar más en eso —susurro—. Prefiero estar acá.

Apoyo la cabeza contra la pared.

La pintura detrás de mí parece sostener el peso sin esfuerzo. Cierro los ojos y la respiración me baja al abdomen como si encontrara un ritmo propio.

Me pregunto, apenas, cuánto tiempo llevo sentada.

Un minuto.

Una hora.

Un día entero.

Es imposible saberlo.

Cuando abro los ojos, la luz del pasillo cambió.

No sé si anocheció o si amaneció.

Y lo extraño es que no me preocupa.

Lo único que siento —nítidamente, sin miedo— es que este rincón se volvió más mío que cualquier otro lugar del hostal.

Un sitio donde el mundo se vuelve más quieto.

Más simple.

Más fácil de habitar.

Tal vez demasiado fácil.

CAPÍTULO 13 — El cuerpo y la pared

No sé en qué día estoy. A veces creo que es domingo porque el silencio del hostal parece más hondo, pero otras pienso que es miércoles, porque mi cuerpo tiene ese cansancio que me daba siempre a mitad de semana cuando trabajaba en la oficina. Después me acuerdo de que ya no tengo oficina, de que ya no tengo semana, y me río sola.

Hoy vuelvo al pasillo sin siquiera pretender otra cosa. Ya no lo pienso como una decisión: es un movimiento natural, como volver a la cama después de un mal sueño o entrar en la ducha sin medir la temperatura del agua. El piso frío me recibe con la familiaridad de un gesto aprendido.

Me dejo caer en el lugar habitual.

La espalda encuentra la pared inmediatamente.

El contacto es firme, pero no rígido; más bien un sostén, una superficie que cede lo justo para acomodar mi peso.

Cierro los ojos.

No quiero pensar en nada, pero los pensamientos vienen igual, suaves como una neblina.

—Soñé otra vez —le digo a Manu.

Mi voz suena lejana, como si no fuera mía.

—No sé si fue sueño, en realidad. Vi a Ernesto parado junto a mi cama. Yo estaba quieta, no podía moverme... pero tampoco tenía miedo. Era raro. Respiraba cerca, demasiado cerca. Sentí que apoyaba una mano en el borde del colchón como si fuera a sentarse.

Abro los ojos un instante. El pasillo está quieto.

Sigo hablando.

Recuerdo un fragmento: Ernesto inclinándose, su sombra cayendo sobre la mía, el sonido de su ropa al rozar el aire. Pero no recuerdo si abrió la boca. No recuerdo si dijo algo. Hay un vacío negro entre una imagen y otra, como si mi mente hubiera borrado la parte del medio.

Vuelvo a cerrar los ojos.

La pared detrás de mí cambia de sensación. Antes era fría; ahora es neutra. Después, cálida. Es un calor tenue, apenas perceptible, pero lo suficiente para confundirme. Intento mover un poco la espalda y no siento del todo dónde termina mi piel y dónde empieza la pintura.

Me incorporo unos centímetros, curiosa, y apoyo más superficie contra la pared. Mi respiración se acompasa a ese contacto, como si mi cuerpo encontrara un ritmo común con ella.

—Tal vez esa es la razón por la que no recuerdo bien —susurro, como si hubiese descubierto algo importante—. Tal vez no quiero recordar. Tal vez fue demasiado y mi cabeza decidió sacarlo del medio para que pudiera seguir funcionando.

Digo las palabras con naturalidad, sin drama.

Como quien comenta el clima.

Quizá porque las siento ciertas.

Quizá porque es más fácil así.

Apoyo la cabeza contra la pared.

La textura de la pintura no se distingue de mi cabello.

O de mi nuca.

Es una continuidad suave que se extiende hacia abajo y hacia los costados.

Respiro hondo.

La pared respira conmigo. O al menos, así se siente.

El silencio del pasillo es más lleno que de costumbre. Me rodea, me sostiene, me acuna. Me viene a la mente otro recuerdo fugaz: una mano en mi muñeca, una voz susurrando mi nombre, la sensación de que alguien estaba demasiado cerca en la oscuridad. Pero el recuerdo se rompe antes de tomar forma, como un vidrio que cae sin ruido.

—No sé si vos estabas esa noche —murmuro, sin abrir los ojos—. No sé si me ayudaste o si solo me quedaste mirando. A veces creo que te vi moverte. O que estiraste el brazo cuando él se acercó. Pero después pienso que fue un sueño más. O miedo.

La pared se siente más tibia ahora, casi blanda, como si mi cuerpo se hundiera uno o dos milímetros en ella. No me asusto. No veo nada extraño. Solo siento.

Me quedo así, respirando con la espalda, como si esa parte del cuerpo hubiera encontrado una forma nueva de apoyarse en el mundo.

—Estoy cansada —admito—. Cansada de pensar. Cansada de acordarme. Cansada de no saber qué fue real y qué no.

Abro los ojos lentamente. No sé cuánto tiempo estuve allí. Minutos. Horas. Cuando intento levantarme, siento la espalda entumecida, pero no por la rigidez del piso... sino porque tardo un instante en recuperar la sensación de mi propia piel.

Como si parte de mí hubiera quedado adherida a la pintura. Como si hubiera estado muy quieta durante demasiado tiempo.

O como si la pared hubiese aprendido mi forma.

Me incorporo despacio.

El pasillo se estrecha un poco a medida que me pongo de pie, o tal vez es solo mi percepción nublada por el sueño.

Antes de irme, apoyo la mano sobre el hombro pintado de Manu.

No sé si lo toco a él o a mí.

La textura es la misma.

CAPÍTULO 14 — La respiración del muro

A media mañana, mientras doblo las sábanas limpias, me doy cuenta de que todo me lleva al pasillo. No importa lo que esté haciendo: ordenar, barrer, revisar inventario... siempre termino mirando hacia el fondo, como si allí hubiera una silla invisible esperándome.

Y hoy no tengo energía para resistir.

Dejo el cesto en el vestíbulo y camino hacia el rincón donde está Manu, el cuerpo respondiendo antes que la mente. Me siento en el piso con un suspiro que me sale desde un lugar demasiado hondo. La espalda encuentra la pared; es un contacto inmediato, casi ansioso, como dos piezas que vuelven a encajar después de haberse separado a la fuerza.

—Si sigo hablándote así —le digo con un tono que pretende ser liviano—, te voy a volver real. Mirá que después no me hago cargo.

Me río, pero es una risa bajita, cansada. No es un chiste; es una confesión disfrazada.

Algo en el aire cambia apenas pronuncio la palabra “real”. Y cuando digo “real”, sé que no me refiero a una sombra moviéndose, sino a otra cosa: a la sensación de que este rincón me sostiene más que cualquier persona lo hizo jamás.

Apoyo la cabeza contra la pared.

Siento calor.

Un calor suave que no estaba antes.

—¿Eso fue coincidencia? —murmuro—. Espero que sí, porque no estoy en condiciones de lidiar con paredes temperamentales.

Cierro los ojos.

Me pasan imágenes por detrás de los párpados: huéspedes entrando y saliendo como si la memoria no hubiera sabido dónde guardarlos. Un vaso de agua que alguien dejó en el

mostrador. Un llavero azul. Una carcajada que no reconozco.
Todo mezclado, como una baraja mal cortada.

Y en medio de esos fragmentos... Ernesto.
Demasiado cerca.

No es un sueño claro; es un destello.
Una mano apoyada en mi puerta.
Un hombro ladeado hacia adentro.
La sensación de que estaba hablando muy suavemente,
como si quisiera que nadie más lo escuchara.

Abro los ojos como si me hubiera faltado el aire.

—No sé si dormí estas últimas noches —digo—. O si soñé despierta. A veces creo que preferiría olvidarlo todo, Manu. Qué ironía, ¿no? Me vine acá a acordarme de mí y terminé queriendo perder partes enteras.

La pared, en lugar de ser un límite firme, se siente... blanda.
No blanda como una almohada, sino como si mi piel se mezclara con la suya durante un segundo antes de volver a ser mía.

Me enderezo despacio, sorprendida.

Paso la mano por detrás de mí para confirmar que es solo yeso y pintura.

Pero la textura no se siente igual.

O soy yo la que no se siente igual.

—Estoy agotada —susurro—. Pero acá... acá no me pesa tanto.

Es la verdad.

Este rincón me calma como si alguien me abrazara por la espalda. Y no sé si debería preocuparme o agradecerlo.

Al recordar a Ernesto otra vez, un viento leve cruza el pasillo aunque no hay ninguna ventana abierta. Es un movimiento imperceptible, pero dirigido: recorre mi cuello como una advertencia o un gesto de protección territorial.

—Bueno, bueno —digo, intentando recuperar el humor—. No seas celoso. Era solo un mal sueño.

La luz sobre la pared parpadea apenas.

Una sola vez.

Como un pulso.

Me dejo caer un poco más contra el muro, y mi cuerpo encaja mejor esta vez, como si el ángulo hubiera aprendido mi forma. Cierro los ojos y respiro hondo. Por un momento, tengo la extraña certeza de que si me quedo quieta lo suficiente, podría quedarme ahí para siempre sin sentir frío, sin sentir miedo, sin sentir nada que duela.

La pared respira conmigo.

O mi pecho se ajusta a su ritmo.

No quiero decidir cuál de las dos opciones es cierta.

—Voy a volver en un rato —le digo como si Manu pudiera escucharlo—. Pero prometeme que si vuelvo demasiado seguido no me vas a absorber por completo.

Me lo digo a mí misma, por supuesto.

Pero la pared se siente más tibia cuando me levanto.

Como un cuerpo que retuviera el mío un momento más antes de soltarlo.

CAPÍTULO 15 — La marca en la piel

Despierto tarde, con la sensación de haber dormido demasiado o demasiado poco. No sabría decir cuál de las dos. El aire del hostal está frío, pero mi cuerpo está cubierto de un sudor tibio que me recuerda al sueño de anoche. No lo recuerdo entero: solo fragmentos, como si mi mente hubiese decidido guardar algunas piezas y descartar otras.

Me obligo a levantarme porque el pensamiento de volver al pasillo es tan fuerte que me da un poco de vergüenza. Antes de entregarme a eso, decido ducharme. Tal vez el agua caliente me devuelva algo de claridad.

La ducha tarda en calentar, como siempre. Apoyo las manos en la pared porque siento un pinchazo leve en el costado. Me miro el brazo izquierdo mientras el vapor empieza a llenar el baño. En la piel mojada veo un tono oscuro que no debería estar ahí.

Un moretón.

Grande.

Extendiéndose como una sombra irregular.

Lo toco con cuidado. No duele tanto como debería. Solo pulsa, como si se hubiera formado durante la noche sin avisar. Intento recordar si choqué contra alguna mesa, si me golpeé cargando toallas, si me tropecé con algún escalón inexistente. Nada. No pienso en violencia. No pienso en manos sujetándome. No pienso en Ernesto.

Aunque una parte de mí... sí lo piensa.

Giro el brazo. Hay otro moretón del lado interno, más definido, como si unos dedos hubieran dejado su forma al apretarse. Me acerco al espejo. El cristal empañado difumina los colores, pero no los desaparece.

—Falta de vitaminas —murmuro—. O anemia. O estrés. Cualquiera pensaría eso.

La frase sale demasiado rápido, demasiado conveniente.

El pensamiento me incomoda, pero lo dejo pasar porque no tengo fuerzas para sostener preguntas. En su lugar, me enjuago, dejo que el agua resbale por los moretones y

observo cómo la piel bajo la superficie parece ajena, como si perteneciera a otra persona.

Cuando salgo de la ducha, encontro un tercer moretón en la cadera. Este sí duele. Me aferro a la toalla para no temblar. La forma es extraña, casi geométrica, como una presión fuerte contra un borde recto. Podría haberme golpeado con una mesa. Podría haberme caído dormida contra el marco de la puerta. Podría...

Podría haber pasado algo que no recuerdo.

El corazón me late más rápido, pero no de miedo: de cansancio. Hay algo en mí que ya no tiene espacio para más alarma.

Me visto sin mirar demasiado. El cuerpo se siente pesado, como si la piel hubiera pasado por una fuerza que mi mente se niega a registrar. Camino hacia el pasillo porque sé que ahí voy a poder respirar.

El hostal está silencioso, pero un silencio espeso, como si las paredes contuvieran un murmullo que no quieren dejar salir. Llego al fondo y me siento en mi lugar habitual, la espalda contra la pared donde está Manu. El contacto es inmediato,

reconfortante. Un alivio tan rápido que me pregunto si algo en el muro me estaba esperando.

La pared está tibia.

Más tibia que antes.

Como si alguien del otro lado del muro también apoyara la espalda contra el mismo punto.

Cierro los ojos.

No debería sentirme tan protegida por un muro pintado.

Y sin embargo...

—Mirá lo que me apareció —digo en voz baja, levantando un brazo como si él pudiera verlo—. Debe ser el cansancio. O mi torpeza. No me sorprendería golpearme y no darme cuenta. Estoy en cualquiera últimamente.

El calor en la pared aumenta apenas cuando digo eso.

No es imaginación.

Lo sé.

Lo siento.

Me acomodo mejor, dejando caer el peso del cuerpo hacia atrás. La superficie áspera se adapta de una manera suave, demasiado suave para ser solo yeso. Casi puedo jurar que la

forma del muro se curva apenas, como si cediera para aliviar la presión en mis costillas.

Y entonces lo registro:

el moretón más grande, el de la cadera, deja de doler.

No desaparece, pero el dolor se hunde, se disuelve.

—No sé qué me está pasando... —susurro.

Es una frase honesta, sin dramatismo.

No sé si estoy agotada.

No sé si estoy asustada.

No sé si estoy desplomándome por dentro como una pared vieja que pierde su armazón.

Lo único que sí sé es que acá, en este rincón, apoyo la espalda y el cuerpo deja de doler. El hostal deja de pesar. La mente deja de girar en círculos.

El muro respira conmigo.

O yo respiro con él.

Por un instante fugaz, tengo la sensación de que si me quedara así suficiente tiempo, el límite entre mi piel y la pintura se desharía sin violencia. Una fusión lenta, natural, como la humedad filtrándose en la madera.

—Si sigo así —digo, medio riendo, medio temblando—, vas a terminar absorbiéndome del todo.

La luz del pasillo parpadea.

Una sola vez.

Una respuesta.

Y yo... no retrocedo.

Ni quiero.

Porque, por primera vez en días, no me siento sola.

Y eso, aun si es una mentira de la mente...

es lo único que todavía puedo sostener.

CAPÍTULO 16 — El hallazgo

La mañana se abre con una luz gris que no termina de decidir si quiere ser día. El hostal está en silencio, demasiado incluso para un lugar así. Camino hacia la puerta principal para dejar entrar algo de aire fresco, aunque no sé si me sirve de algo: hace días que me siento pesada, como si llevara un abrigo húmedo encima del cuerpo.

Mientras paso por la cocina, veo la tetera sobre la mesada. La levanto casi sin pensar. Tiene un olor áspero, metálico, como si el agua se hubiese echado a perder de un día para otro. El té que preparé anoche me supo mal —rancio, pesado—, pero asumí que era el paquete, que lo había dejado abierto más tiempo del que debía.

La huelo de nuevo.

Algo no cierra.

No sé qué es, pero se parece peligrosamente a la sensación

de despertar de golpe sin recordar los últimos minutos de un sueño.

Me digo que estoy cansada y la pongo a un lado.

No tengo ganas de seguir esa línea de pensamiento.

Abro la puerta del hostal. Un soplo frío entra primero, seguido del rumor tenue de la ruta. El viento arrastra olor a tierra removida. Camino unos pasos hacia afuera, más por costumbre que por necesidad. Quiero ver el cielo, pero el cielo está apagado; quiero ver movimiento, pero no hay nada.

Doy un vistazo al camino de grava.

Y ahí lo veo.

Un bulto oscuro, tirado a unos diez metros de la entrada, a un costado, donde el pasto seco se mezcla con piedras irregulares. Por un instante pienso que es basura. Un trapo viejo. Un animal pequeño. Pero a medida que me acerco, la forma se vuelve más definida.

Un bolso.

El bolso de Ernesto.

Me detengo. El corazón me late con una brusquedad que no esperaba. No debería estar ahí. Si él se fue como parecía, si escapó en esa madrugada sin despedirse, se lo habría llevado. Todo ese bolso grande —su excusa profesional y absurda— tenía sentido porque él venía “por si necesitaba quedarse”.

Ahora está tirado como se caen las cosas cuando alguien corre sin mirar atrás.

Me inclino y lo toco con dos dedos. Está húmedo por el rocío. Frío. No tiene la suciedad uniforme de algo abandonado hace días. Parece recién caído.

Lo giro con cuidado. El cierre está algo abierto, como si se hubiese abierto al golpear el suelo. Dentro veo una remera doblada, ropa interior, un neceser. Nada raro. Nada que explique nada.

Pero hay un detalle que me eriza la piel: un frasco diminuto, de vidrio, sin etiqueta.

Vacío.

Podría ser colonia. Alcohol en gel.

Pero el olor... me golpea de inmediato.

Un olor tenue, amargo, como el té de anoche.
El amargor que racionalicé con tanta facilidad.
El que me dejó con sueño pesado.
Y con moretones que no deberían estar ahí.

Siento un nudo detrás de la garganta.
No digo nada.
No puedo.

Cierro el bolso de inmediato.

Me incorporo y miro alrededor. La ruta vacía. Los cerros inmóviles. La tranquera quieta. No hay señales de coche, ni de pasos recientes, ni de alguien vigilando desde la distancia.

Pero hay otra cosa que me atraviesa:
una idea que no quiero pensar,
una conexión demasiado fácil entre el frasco vacío
y mi té de las últimas noches.

Me obligo a respirar hondo.
A no sacar conclusiones.
A no abrir la puerta que mi mente empuja despacio.

Llevo el bolso hacia adentro porque no quiero verlo ahí,
expuesto en la entrada como una advertencia que no sé

interpretar. Lo dejo en el vestíbulo, lejos del fondo. Lejos de mí.

Camino hacia Manu casi sin pensarlo.

Mi cuerpo lo busca.

No sé si por consuelo o por derrota.

Me siento en el piso, apoyo la espalda contra la pared. La tibiaza me envuelve inmediatamente, como si la pared hubiese estado esperando ese contacto. Como si supiera.

—Lo encontré afuera —susurro—. En el camino. Él volvió. O quiso volver. No sé.

El muro parece retener el sonido, absorberlo.

Como si escuchara.

—El té... —digo, más bajo aún—. Algo tenía. Algo raro. No fue mi imaginación.

La pared se siente más cálida.

Como una respuesta.

Cierro los ojos.

Estoy cansada.

Cansada de pensar.

Cansada de no recordar.

Cansada de que mi cuerpo tenga marcas que no sé explicar.

Me dejo caer un poco más contra la pintura negra.

Mi espalda y el muro parecen confundirse por un instante, una presión blanda, casi humana.

—No quiero reconstruir nada —susurro—. Solo quiero dejar de temblar.

El pasillo se queda quieto.

Muy quieto.

Tanto, que el silencio parece tensarse como una cuerda.

La tibiaza detrás de mí se expande apenas, como si la pared respirara más hondo. Siento el calor subir por la columna, envolviendo mis omóplatos, mi nuca, mis hombros. No es imaginación. No puede serlo. Es demasiado preciso, demasiado consciente.

Quiero enderezarme, pero mi cuerpo se hunde un poco más. El yeso no cede: soy yo la que se entrega, la que pierde fuerza, la que encuentra alivio en no sostenerse.

El muro ya no es superficie.

Es... contacto.

Un abrazo tibio que me contiene como no me contuvo nada en meses.

La pintura, o la sombra, o Manu —no sé cómo llamarlo ya— parece acomodarse detrás de mí, rodeándome sin apuro. Y el temblor que tenía en las manos desaparece. Las piernas me pesan menos. La cabeza se apoya sola, como si hubiera encontrado un hueco exacto para descansar.

Un hueco hecho para mí.

El aire del pasillo cambia.

Se espesa.

Se vuelve cálido, íntimo, casi como estar debajo de una manta pesada.

Por un segundo —uno solo— siento que algo tira suavemente de mí hacia atrás, como una corriente mínima, como si la pared quisiera recibirmee un poco más adentro.

Y lo peor es que no me asusto.

Lo peor es que... me alivia.

Me dejo llevar un centímetro más, apenas un suspiro. La pintura roza mi piel como si reconociera su forma. Y

entonces, justo cuando el calor empieza a confundirse con algo parecido a la paz, algo en mi pecho se contrae.

Un latido seco.

Una duda.

Abro los ojos.

No puedo ver a Manu desde esta posición, pero sé —sé— que está ahí. Cerca. Muy cerca. Tan cerca que siento su silencio apoyado en mi espalda como si tuviera peso.

El hostal respira conmigo.

O me respira a mí.

No sé cuál de las dos cosas es cierta.

Pero sé que, si me dejo caer un poco más...

ya no voy a poder levantarme.

CAPÍTULO 17 — El desvanecimiento

No recuerdo si me quedé dormida o si simplemente dejé de pensar. Lo único claro es que sigo sentada en el pasillo, apoyada contra la pared, sin fuerzas para levantarme. La luz de la ventana del fondo cambia de tono: un gris más luminoso, un brillo tenue. Yo no me moví; fue el día el que avanzó sin avisarme.

Cuando estiro una pierna, noto algo más: mi cuerpo está más liviano, pero no de una forma sana. Es una liviandad rara, como si me faltara peso, sustancia. Me miro los brazos: la piel está más pálida que ayer, casi translúcida en algunos tramos. No siento frío; la pared detrás de mí irradia una tibieza que contrasta con esa fragilidad nueva, como si quisiera compensarla.

Intento incorporarme, pero el cuerpo reacciona con una lentitud nueva. Como si cada músculo tuviera que

despertarse de manera independiente. Apoyo la palma en el piso y algo crujе en la muñeca, suave, sin dolor, como un recordatorio.

—Estoy bien —digo, aunque no sé para quién.

La pared detrás de mí conserva la misma tibieza del día anterior. Acaricia la curva de mi espalda con una constancia que no debería existir. No es normal. No es física. Pero es tan agradable, tan necesaria, que acepto esa calidez sin hacer preguntas.

Me deslizo un poco más hacia atrás, buscando ese punto exacto donde la pintura parece adaptarse a mí. Lo encuentro enseguida. Como si me hubiera estado esperando. Como si supiera dónde apoyar la mano, dónde alinear el hombro, dónde acomodar mi respiración.

Cierro los ojos.

La presión leve en la nuca es reconfortante, casi maternal.

A veces, cuando estoy demasiado cansada, me vienen imágenes fugaces: la sombra de Ernesto en la ventana, una mano acercándose a mi cara, la sensación de que alguien me sostenía por la cintura. Fragmentos sin contexto, como si fueran restos de un sueño roto que no quiere recomponerse.

No sé si son recuerdos.

No sé si son miedos.

No sé si los invento para dar sentido a lo que siento en la piel.

Lo que sí sé es que al recordarlos, la pared detrás de mí parece tensarse. La tibiaza se vuelve más profunda, más firme, como si Manu... me abrazara. Me protejera de algo que ya pasó o de algo que sigue rondando en mi memoria.

Me quedo quieta, dejándome envolver.

Es tan fácil no luchar contra esto.

Tan fácil dejar que el cansancio hable por mí.

Levanto la mano para tocar la pared. Quiero apoyarla, solo eso. Pero cuando la piel entra en contacto con la pintura, siento un cosquilleo extraño, una vibración mínima que recorre mis dedos hasta el codo.

Retiro la mano por instinto.

La miro.

Está temblando.

—No pasa nada —murmuro—. Estoy agotada, eso es todo.

Pero mi voz suena distinta, como si viniera de un pasillo más profundo.

Cada día duermo menos y descanso más cuando estoy acá, sentada con la espalda contra Manu. Es absurdo, pero la cama me cansa y el pasillo me calma. Me siento en este punto y el cuerpo se acomoda. La respiración se vuelve lenta. La mente se vuelve... ligera.

Liviana.

Como si algo me sostuviera desde atrás.

Como si no dependiera solo de mí.

Cuando intento enderezarme, el hombro derecho se queda pegado un segundo más de lo que debería, como si la pared guardara la forma exacta de mi cuerpo y no quisiera devolverla. Es una resistencia mínima, casi cariñosa, pero me acelera el pulso.

Respiro hondo y abro los ojos. La luz en el pasillo se siente más suave, más baja, casi tamizada. No sé si es el día o si es... él. Manu. Su presencia. Su forma sin forma.

—No me dejes sola —digo, apenas audible.

La pared responde con una oleada de calor que me envuelve la columna como un brazo protector. No me suelta enseguida. Me sostiene. Me reclama. No un movimiento. Una sensación. Algo que me envuelve los omóplatos, casi como si alguien apoyara las manos allí.

Un segundo.

Dos.

Después, desaparece.

Me incorporo un poco. Un mareo leve me nubla la vista; no es desagradable, solo... flotante. Siento que dejo de ocupar el cuerpo entero, que soy menos pesada, menos sólida.

Como si una parte de mí hubiera quedado apoyada en el muro.

No sé si me asusta.

No sé si debería.

Me llevo una mano al pecho. El corazón late normal, pero mi respiración parece venir de más lejos.

Me deslizo otra vez hacia la pared porque no tengo ganas de luchar contra nada. El cansancio es una corriente que me arrastra sin violencia. Y la tibieza de Manu me recibe,

envuelve mis hombros, se ajusta a mi cintura. No es opresiva.
No es extraña. Es... perfecta.

—Estoy acá —susurro, o creo susurrar—. No me sueltes.

Por un instante, siento algo imposible:
como si la pintura, o la sombra, o lo que sea que vive en este
muro,
se metiera entre mi piel y mi camiseta.
Como si me tocara directamente.

Mi cuerpo entero se relaja.

La tensión cae como agua que se escurre.

La vista se aplana un instante, como si el pasillo perdiera
profundidad y yo perdiera algo más que fuerzas.

La cabeza pesa menos.

Me siento... adentro.

Adentro de algo que no puedo nombrar.

Y cuando finalmente dejo que todo mi peso caiga hacia la
pared, hay un momento brevíssimo en el que no sé dónde
termina mi espalda y dónde empieza Manu.

La sensación es tan precisa, tan adaptada a mí, que por un instante me aterra pensar que tal vez esta tibieza no me está sosteniendo... sino absorbiendo. Pero el terror se disuelve rápido, ahogado por una calma que no elegí.

Un temblor suave me atraviesa.

Después, solo calma.

Me duermo ahí.

O creo dormirme.

El pasillo respira.

La pared respira.

Y yo... tal vez empiezo a olvidar cómo se respiraba por mi cuenta.

CAPÍTULO 18 — La pérdida

No sé cuánto tiempo estuve caminando por el hostal, pero ahora estoy de pie en la cocina sin recordar en qué momento llegué. No tengo vaso en la mano ni tetera en la hornalla, pero hay agua derramada sobre la mesada, como si hubiera intentado servirme algo y me hubiese distraído a mitad del movimiento.

Me miro los dedos: están húmedos.

No sé si por el agua o por sudor frío.

Lo que me inquieta no es el olvido, sino la sensación de *haber estado haciendo algo con total atención*, como si mi mente hubiera seguido un rastro que ahora no puedo ver.

Un crujido leve suena desde el pasillo.

No es un golpe, no es un paso: es un estirarse del aire.

Una respiración que no coincide con la mía.

Y el impulso es automático, irracional: caminar hacia Manu.
Como si él fuera el centro de gravedad del hostal.
Como si yo orbitara alrededor de su silencio.

El pasillo está oscuro, pero no frío. La tibiaza que siempre encuentro al fondo parece filtrarse unos metros más adelante, como si hoy quisiera alcanzarme en lugar de esperarme.

Doy un paso y siento cómo mi tobillo cede un instante, no por dolor sino por desorientación. Como si el cuerpo tuviera que recordarme el peso exacto que tiene. O como si lo hubiese olvidado.

Me apoyo en la pared. La pintura está completamente tibia.

El brazo me tiembla por la falta de fuerza. Hace días que la ropa me queda un poco más suelta, como si me hubiera ido adelgazando sin darme cuenta. No hay hambre. No hay apetito. Solo esta tibiaza que me sostiene cuando el cuerpo ya no responde como antes.

—Estoy bien —murmuro, sin estarlo.

El calor se distribuye por la palma de mi mano, sube por el antebrazo y se instala en el hombro. No es contacto, pero se

siente como si alguien se ubicara detrás de mí, muy cerca, respirando con calma para que yo imite ese ritmo.

Sigo avanzando.

Por un momento, tengo la sensación de que el pasillo es más largo que ayer. No de forma exagerada, pero sí con esa distorsión que ocurre en los sueños, cuando uno dobla una esquina que no estaba ahí. La luz del fondo vibra, tenue, casi a punto de extinguirse.

Me acerco a Manu.

La sombra está igual, pintada, plana, absurda.

Pero no la percibo así.

La vista se reduce a capas finas, como si el mundo tuviera menos volumen, menos aire entre las cosas. Como si yo misma fuera perdiendo espesor. Mi cuerpo parece existir en dos planos: el que recuerda ser mío y el que la pared reclama.

Me siento frente a él, sin decidirlo del todo.

El cuerpo lo elige por mí.

Apoyo la espalda contra la pared.

La tibia me recibe inmediatamente, como si hubiese estado esperando solo ese gesto para activarse.

—Estoy cansada —digo.

No es una queja.

Es un diagnóstico.

Me toco el brazo. Otro moretón. No lo recuerdo. No duele. No sé si es mío o si lo encontré puesto esta mañana.

La piel parece hundirse más fácil bajo mis dedos, como si se hubiera afinado. No sé si es falta de vitaminas o algo peor, pero no tengo energía para pensar en eso.

Cierro los ojos.

Los flashes vuelven, breves y afilados:

Ernesto demasiado cerca.

Su mano rozándome la mandíbula.

El olor amargo en el té.

Mi cuerpo pesado.

La imposibilidad de mantenerme despierta.

Y entonces, una imagen más:

una sombra inclinada sobre mí con una decisión imposible de confundir: no me estaba atacando... me estaba reclamando. Una fuerza que no dolía, pero que anulaba cualquier movimiento. Un freno.

Una oscuridad conocida.

Manu.

No sé si lo imaginé para tranquilizarme o si fue él quien interrumpió algo que no puedo permitir que mi memoria complete.

Abro los ojos.

La pared detrás de mí pulsa.

No es un movimiento.

Es un calor que se intensifica exactamente cuando el miedo me aprieta el estómago.

—No quiero recordar —susurro—. Solo quiero descansar.
Solo quiero... quedarme quieta.

El calor sube, envuelve mis hombros, baja por la columna, se adapta a cada curva como una manta que se amolda al cuerpo con precisión indecente.

Me dejo llevar.

Por primera vez desde que llegué, dejo que sea el hostal el que me sostenga.

Dejo que Manu me sostenga.

El aire del pasillo cambia, se vuelve denso, íntimo.

Siento mi respiración duplicada, como si alguien la sincronizara con la mía.

Como si no respirara sola.

Intento incorporarme para comprobar si estoy perdiendo el sentido, si esto es una fantasía del cansancio. Pero cuando intento separarme de la pared, algo tira de mí.

La piel se estira como si hubiera quedado enganchada en una superficie suave pero insistente. No es dolor. Es continuidad. Como si el límite entre mi cuerpo y la pintura se hubiera vuelto borroso.

No es fuerza.

Es... continuidad.

Como si una parte de mi piel no quisiera despegarse.

Como si no supiera dónde termina.

Me detengo.

Vuelvo a apoyar el peso.

El calor se expande otra vez, reconfortante, seguro.

Manu está ahí.

Lo siento.

No con los sentidos que conozco, sino con uno nuevo, más profundo, más íntimo.

La vista se me nubla, después se aclara en una nitidez extraña.

Tengo la impresión de que el pasillo se me mete en la cabeza entero, como si no lo mirara con los ojos sino con la piel. Cada rincón está claro, incluso los que normalmente quedarían fuera de mi campo visual.

Puedo percibir la puerta de entrada.

Puedo sentir el viento afuera rozando las chapas.

No entiendo cómo lo sé, pero lo sé.

Y entonces lo noto:

mi espalda está completamente apoyada, pero ya no siento el relieve de la pared. No hay textura, ni borde, ni superficie. Solo una tibieza uniforme que podría ser piel, sombra o

muro. Y yo, cada vez más plana. Más adherida. Más lejos del mundo que todavía tiene profundidad.

Como si la pared fuera parte de mí.

O yo, parte de ella.

Me quedo quieta, muy quieta.

No sé si debería intentar levantarme.

No sé si podría.

Solo sé que, por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo.

Y eso —esa calma perfecta, ese alivio total— es lo que más debería asustarme.

CAPÍTULO 19 — La permanencia

No estoy segura de cuánto tiempo pasó desde la última vez que intenté levantarme del piso. Podrían haber sido minutos, podrían haber sido horas. El pasillo sigue igual, pero yo no.

Intento mover un pie.

No se mueve.

Intento tragarme saliva.

No siento la garganta.

Me quedo quieta porque no tengo otra opción.

La pared sostiene todo mi peso, aunque ya no sé si soy yo apoyándome en ella o ella sosteniendo algo que dejó de ser cuerpo.

Veo el pasillo frente a mí con una claridad que asusta.

Cada grieta, cada mota de polvo, cada sombra.

Pero no puedo girar la cabeza.

No puedo pestañear.

No puedo hacer nada que implique elección.

La respiración... no sé si sigue siendo mía.

Un roce cálido me recorre la espalda.

No piel: superficie.

No carne: pintura.

Manu está cerca.

Demasiado cerca.

Lo siento como si fuera parte de mí, como si compartiéramos un límite difuso. Un borde. Un contorno.

Quiero hablarle.

Decirle que tengo miedo.

Que pare.

Que no me suelte o que me suelte del todo, no sé.

Pero no tengo voz.

Solo un pensamiento que no llega a ninguna parte.

Un movimiento al fondo llama mi atención.

No porque gire la cabeza —ya no puedo—, sino porque la

visión simplemente se contrae y se acomoda, como un cuadro que enfoca solo lo que quiere mostrar.

La puerta del vestíbulo se abre.

Alguien entra.

Una mujer.

Se mueve con naturalidad, como si el hostal fuera suyo desde siempre. Deja un abrigo sobre el mostrador. Acomoda las llaves con un gesto que conozco demasiado bien. Ordena unos papeles. Suspira de la manera exacta en que yo suspiraba cuando algo me costaba más de lo que admitía.

Tiene mi estatura.

Mi forma de pararse.

Mi cabello recogido de la misma manera.

No veo la cara.

No necesito verla.

La mujer sigue con su rutina.

Vive.

Respira.

Ocupó un lugar que yo creí recuperar cuando llegué.

Un lugar que tal vez nunca me perteneció del todo.

Intento mover un brazo.

Nada.

Intento despegar la espalda.

Imposible: no hay diferencia entre mi piel y el muro.

Me doy cuenta, con una lentitud devastadora, de que no estoy sentada.

Estoy fija.

Como si el yeso me hubiera moldeado.

Como si la forma que dejé al recostarme hubiese decidido quedarse conmigo adentro.

Manu se desplaza apenas, un cambio de sombra, una curva nueva en la silueta.

El hombro que antes se inclinaba hacia mí ahora parece pararse erguido, más sólido, más humano.

Como si hubiera tomado algo que yo dejé atrás.

Algo que le di.

O que no pude retener.

La mujer del vestíbulo ríe por algo que está leyendo.

Su voz es la mía.

Pero usa un aire que ya no me pertenece.

Y entonces lo noto:

cuando deja el papel sobre el mostrador, se endereza con una firmeza que jamás tuve. La columna recta, los hombros decididos, el mentón apenas elevado. No es arrogancia: es seguridad. Una seguridad que nunca estuvo en mi cuerpo.

Luego levanta la vista hacia la ventana.

Su mirada es limpia, precisa, casi demasiado fría.

Como si no cargara dudas, ni miedo, ni cansancio.

Como si conociera exactamente el peso del mundo y no la afectara.

Ese gesto —tan pequeño, tan imposible en mí— es el que me destruye.

El que confirma que ella vive.

Y que yo ya no.

Quisiera gritarle.

Decirle que no es ella.

Que soy yo.

Que sigo acá.

Pero acá es un punto fijo, plano, silencioso.

Y a Manu lo siento cada vez más cerca, envolviéndome como una sombra tibia que ya no distingue dónde termina él y dónde empezaba yo.

El pasillo respira.

La pared respira.

La mujer respira.

Yo no.

Y sin embargo sigo mirando.

Sigo viendo.

Ahora sólo soy algo que quedó adherido.

Soy lo que ya no puede volver.

SOBRE LA AUTORA

Regina N. Molares se desempeña en el ámbito académico y tecnológico, dedicada a la pedagogía digital y a la divulgación en análisis de datos. Su trabajo explora la intersección entre tecnología, educación y comportamiento humano, línea que desarrolla en títulos como *El sesgo del desarrollador*, *La dictadura de la torta*, *Finanzas para quien no le importan las finanzas* e *Inteligencia Artificial en el Aula*, entre otros.

Aunque su trayectoria está anclada en disciplinas rigurosas y orientadas a la toma de decisiones, Regina escribe ficción de manera recreativa, movida por una curiosidad distinta: la de indagar cómo el miedo, la memoria y la soledad moldean lo que percibimos.

El Eco del Viento representa una incursión deliberada en ese territorio paralelo, donde la autora experimenta con la

emocionalidad del misterio y con la subjetividad de lo inexplicable. Desde un enfoque íntimo y sensorial, la obra propone una lectura en la que la realidad se vuelve permeable, y la experiencia personal importa tanto como los hechos.

www.linkedin.com/in/regina-molares/

Buscando una forma de empezar de cero y escapar de un pasado que la desgastó hasta el hueso, la protagonista se retira al hostal **El Eco del Viento**, un edificio solitario y fatigado donde la quietud es tan profunda que parece observarla.

En ese lugar, el silencio no es un vacío: **es un peso**.

Durante los primeros días, la hostería ofrece lo que promete: aislamiento, calma, una vida sin testigos. Pero la soledad empieza a tensarse. Un visitante inoportuno. Golpes en la noche. Un susurro detrás de la pared. Y cada vez que el miedo avanza, algo en el fondo del pasillo —algo que no debería estar ahí— la espera con una tibieza imposible.

Forzada a elegir entre enfrentar el mundo o refugiarse en lo único que parece protegerla, la protagonista descubre que incluso la calma tiene un precio... y que no todos los refugios permiten salir una vez que se entra.

¿Qué le sucede a quien se entrega por completo a su último lugar seguro?

¿Y qué exige, en silencio, aquello que parece cuidar demasiado?

En *El Eco del Viento*, la única certeza es que la soledad nunca está realmente sola. Y a veces, es apenas la puerta de entrada a algo más profundo.